

LA TRAGEDIA DE BELGICA

Para que una agrupación humana sea nación ante el Derecho de Gentes, es preciso que tenga un hogar territorial definido, que tenga un Gobierno, es decir, una o más personas que representen al pueblo y administren la República, según la ley de la nación, y un soberano, que también puede ser singular o plural, en quien resida la autoridad suprema. El conjunto constituye una nación soberana; su categoría de tal nada tiene que ver con la magnitud de su territorio o lo numeroso de su población.

La guerra entre una nación y otra u otras, entraña potencialmente desde las calamidades transitorias, más o menos hondas y gravosas, y la destrucción de vidas y riquezas, y la ruina y miseria consiguientes, hasta la mutilación territorial o la desmembración total del territorio, lo que significa la extinción de la nación, como en el caso de Polonia, repartida entre Prusia, Austria y Rusia, en 1772; las mutilaciones territoriales suelen sobrevenir a raíz de la conclusión de esta guerra, como en tiempo moderno la de Austria después de Solferino, o la de Francia después de Sedán.

El peligro de mutilación o de desmembración y extinción de nacionalidad es inherente a la guerra, la que a su vez como posibilidad, está en la naturaleza misma de las cosas. La victoria erige la voluntad del vencedor en ley suprema e inapelable. Todo lo demás desaparece, como el humo de las batallas. Las naciones, poderosas o débiles, están sujetas a estas condiciones inevitables. Cuando entran en guerra, impuestas por otras naciones, por las circunstancias, o buscada por ellas mismas, las naciones aceptan esas terribles contingencias o se resignan a ellas de antemano, como acepta la posibilidad de la muerte quien entra al combate.

El siglo XIX, tan fecundo en descubrimientos y en combinaciones, llamadas inventos, ideó por vez primera, para ciertos y determinados casos, un arbitrio que pone a la nación beneficiaria al abrigo de la guerra y por ende los terribles peligros que de ella se desprenden. Surcio él de las rivalidades recelosas de los fuertes en pre-

visión de posibles desequilibrios territoriales o políticos que ocurrieran en el momento de una guerra y que en esa preciosa ocasión pudieran encauzar o determinar el desastre. El arbitrio consiste en la neutralización de una nación dada bajo la garantía de varias otras. De esta suerte la nación neutralizada, puesta al amparo de la guerra, garantizadas la integridad de su territorio y la inviolabilidad de su soberanía, puede dedicar todas sus energías a las artes de la paz y al bienestar de sus hijos. La guerra pasa a su lado, como un soplo de maldición que ni la toca, ni la puede tocar, según la convención consagrada por los mismísimos beligerantes. ¡Verdaderamente un estado ideal!

La letra solemne de los tratados vigentes en Europa establece la neutralización de tres naciones: Suiza, Bélgica y Luxemburgo, según instrumentos firmados en 1815, 1831 y 1867, respectivamente. La neutralidad de Bélgica fue establecida y garantizada en el mismo documento en que se reconocía su independencia, firmado el 15 de noviembre de 1831, por la Gran Bretaña, Austria, Francia, Prusia y Rusia, y por la misma Bélgica, en fe de que aceptaba los deberes y condiciones de la neutralización, estos sea dicho de paso, no implican la menor lesión de soberanía, potencial ni efectiva; la garantía cesa de hecho, si la nación neutralizada realiza actos de guerra que no sean de defensa u otros que a ellos puedan conducir.

De esta suerte la jocunda Flandes quedó convertida en un gimnasio del espíritu, digno de las gloriosas tradiciones de su suelo, tantas veces teñido de rojo en los pasados siglos, en luchas por la libertad de conciencia y por la libertad civil. Sin propósito premeditado, las potencias signatarias al servir sus propios fines vinieron a crear un sereno asilo a la labor y al pensamiento de los hombres, intangible al horror de la violencia guerrera.

Según los planes del Estado Mayor alemán, era preciso atacar a Francia, pasando por Luxemburgo y por Bélgica. En asuntos de guerra, Alemania jamás vacila; sus tropas invadieron el Luxemburgo en los primeros días de agosto; el día 3, el Ministro alemán en Bruselas le pidió al gobierno belga, con plazo de horas

para responder, que, observando una neutralidad amistosa, permitiera el paso de las tropas alemanas por el territorio belga. La alternativa, si Bélgica rehusaba, sería la guerra. Bélgica optó por lo último, que, acaso era lo menos acorde con sus inmediatas conveniencias, pero innegablemente era lo único acorde con el honor. Sobrevino la invasión sin pérdida de un minuto; sobrevinieron las batallas y los sitios y los bombardeos de plazas fuertes y todo el estrago sangriento de la guerra. Sobrevinieron también las crueldades innecesarias, el sacrificio de los inocentes, la destrucción de aldeas y ciudades, ejecutado todo ello como una maniobra, fríamente calculadamente, con el fin pregonado de sembrar el terror. El objeto está logrado. El terror ha invadido la conciencia universal y los invasores ya han asegurado la cosecha de ignominia para sus armas.

En tanto que Alemania y Austria hacen la guerra a Bélgica, la defiendo Francia, Inglaterra y Rusia, signatarias también del pacto de neutralización. La intervención británica ha dejado estupefacta a Alemania. Dadas las circunstancias, la confianza alemana en la neutralidad inglesa, la que, según lo prueban los acontecimientos posteriores, era base esencial de los planes militares del Kaiser, delata en él, y en sus consejeros, un estado mental patológico, preñado de amenazas para la paz del mundo.

La nota en que el Embajador inglés en Berlín dá cuenta de sus últimas entrevistas con el Ministro de Estado y con el Canciller del Imperio alemán, ilumina las tortuosas idiosincrasias del militarismo prusiano, que hoy agarrota al pueblo germano, su primera víctima, bajo un régimen implacable de hierro y sangre, y que mañana habrá de ser la ley universal, si ese militarismo sale triunfante de la ordalía de esa guerra.

Dice el Embajador:

«Londres, Agosto 8 de 1914».

«.....Cumpliendo las instrucciones recibidas, pregunté, el día 4 de agosto corriente, al Secretario de Estado del Imperio alemán, en nombre del Gobierno de Su Majestad Británica, si el Gobierno Imperial se abstendría de violar la neutralidad belga. Herrvon Jagow inmediatamente me contestó que sentía tener que darme una respuesta negativa; habiendo penetrado las tropas alemanas al territorio belga, esa mañana, ya la neutralidad belga estaba violada.

«Agregó que el Gobierno Imperial se había visto obligado a dar ese paso porque era preciso penetrar a Francia por la vía más rápida y expedita para adelantar las operaciones y dar un golpe decisivo todo lo antes posible. Era cuestión de vida o muerte para Alemania. Si se hubiera buscado una vía más al Sur no se podría aspirar—en vista de la escasez de caminos y de la potencia de las fortalezas—a vencer la formidable resistencia que se opondría a las tropas alemanas, sin gran pérdida de tiempo. Esta pérdida de tiempo significaría tiempo ganado por los rusos para traer sus tropas a la frontera. La rapidez de acción era el elemento esencial para Alemania, en tanto que el elemento principal de Rusia lo constituye su inagotable reserva de soldados.

«Más tarde, ese mismo día, informé al Secretario de Estado, que a menos que el Gobierno Imperial pudiera asegurarme antes de las doce de la noche que no procedería más allá en su violación de la frontera belga y que suspendía la invasión del territorio belga, mis instrucciones eran de pedir mis pasaportes y de informar al Gobierno Imperial que el Gobierno de Su Majestad Británica tomaría todas las medidas necesarias para mantener la neutralidad belga y para el cumplimiento de un Tratado que Alemania había firmado juntamente con nosotros.....

«Después visité al Canciller del Imperio; lo encontré muy agitado. Inmediatamente se lanzó en una arenga, que duró cosa de veinte minutos. Dijo que el paso dado por el Gobierno de Su Majestad Británica era terrible hasta el último grado y que todo ello era meramente por una palabra: «neutralidad», la que en tiempo de guerra había sido tantas veces desconocida. La Gran Bretaña—agregó—iba a hacerle la guerra a un pueblo hermano que no pedía otra cosa que conservar la amistad con ella, por «una hoja de papel.»

«Esa hoja de papel» representaba la tranquilidad de millones de hogares, amparados bajo el honor de las potencias signatarias. Destrozado el émbolo y ultrajada la doctrina, con el naufragio del honor, sobrevino la borrasca del furor humano, que ahoga su propia vergüenza en la sangre de sus víctimas. En un memorial al Rey Jorge V de Inglaterra, dice el Ministro de Justicia de Bélgica.

«Bélgica obligada; obligada a una guerra de defensa para salvar sus instituciones y los hogares de sus hijos, se propuso aunar la resistencia con las restricciones que todas las naciones civilizadas se imponen como regla de conducta, observando estrictamente las convenciones internacionales y el respeto por la conciencia humana. Nuestro enemigo, después de invadir nuestro territorio, ha sacrificado a nuestra población, ha asesinado a nuestras mujeres y a nuestros niños, se ha llevado al cautiverio a muchos de nuestros ciudadanos inofensivos, ha mutilado a los heridos, destruido ciudades indefensas, incendiado iglesias y monumentos históricos, entre ellos en primer término la célebre biblioteca de la Universidad de Lovaina. La prueba de todo

esto consta en documentos fidedignos y auténticos.»

No es preciso apurar el comentario. Sería ennegrecer la tiniebla. Hé aquí la tragedia de Bélgica, noble y gloriosa en la tortura impuesta por voluntad de hombres, en castigo del crimen de respetar la fe pactada, tragedia que es dolor luminoso y fecundo, como un martirio, y la tragedia del victimario, la de un pueblo uncido al yugo de una casta impía y cruel la que es tragedia de deshonra indeleble.

Las «hojas de papel» son las murallas del derecho, que a su vez es el refugio de los débiles. Si el derecho falla ¿cuál será en definitiva la suerte de las naciones pequeñas, que no pueden defender sus instituciones y su territorio con ejércitos en que el millón de soldados sea la unidad, y con marinas en que los dreadnoughts se cuenten por decenas? La actual contienda no da asidero a la ilusión, ni sobre las causas que la encendieron ni sobre las intenciones que la guían, en el ánimo de los que la prepararon y la lanzaron, como un huracán de centellas sobre el mundo. Para los dos imperios germanos, la palabra dada vale mientras sirva. Ni un instante más. Para entrambos el propio pueblo es un mero instrumento, una cuchilla para cortar por lo sano donde y cuando lo exijan las circunstancias. Y esas circunstancias son las de una tradición vuelta de espaldas a la vida, abrumada bajo el peso del abuso, más ciego y despiadado a medida que más le oprime la atmósfera moderna.

Bernhardi ha cristalizado la doctrina:

«Sobre esto no cabe dudar. La nación está compuesta de individuos, el Estado de comunidades. Los motivos que impulsan a cada uno de los miembros son los mismos que predominan en el cuerpo colectivo. Lo que gobierna las relaciones entre una nación y otra, es una lucha tenaz por el poder, la riqueza y la soberanía, en la que el derecho solamente es respetado en cuanto sea compatible con la conveniencia.»

La causa inmediata de la guerra ha sido el terror pánico, la obsesión de la avalancha boreal en Berlín y en Viena. «La cuestión es de vida o muerte para nosotros». Lo confesó el Ministro Javow. Seguramente, ni el Kaiser ni sus Ministros se entregan a la violación de tratados como mero deporte de perversidad internacional. La pretendida suprema necesidad para Alemania, no es justificación. Si la verdad sólo ha de valer mientras la mentira no sea provechosa, ¿qué es esta farsa del honor entre los hombres? ¿O es que la mentira entre individuos se torna en justicia tratándose de naciones? Con ese criterio se incendia, se saquea y se asesina en proporciones fantásticas y se traiciona y se engaña, en nombre de la nación, y se entra a la historia, si se triunfa, ceñida la sien con el laurel del patriotismo victorioso.

Pueden sucumbir Bélgica, Francia, Rusia e Inglaterra, puede el Kaiser vencedor, otra vez desde Versalles, nuevo Rey Sol, fraccionar la Europa, repartiendo la luz de su capricho a su arbitrio; duenden los eximios Profesores de las Universidades tudsscas doblar las espaldas serviles hasta el suelo; pueden

los socialistas alemanes y franceses claudicar desfallecidos, puede la historia mendaz, escrita en sangre, cantar el himno de la fuerza como suprema ley de una humanidad indefensa y subyugada; pero siempre será cierto que el respeto a las «hojas de papel» dará la medida de la civilización entre los hombres. En su lugar está la ley de la selva; la garra o la mandíbula. Hacia allá marcha Europa si triunfa el Kaiser y el Emperador.

S. PEREZ TRIANA.

Londres, Septiembre de 1914.

GRANDE Y PEQUEÑA INDUSTRIA

IX

Aunque sin duda en todos los tiempos se han encontrado algunos grandes organismos industriales, es preciso reconocer que sólo de algunos años a ésta parte ha tenido verdadero desarrollo la producción en grande, porque para ello ha sido preciso el incremento de las vías de comunicación que han abaratado y facilitado los transportes y dado por consiguiente extensos mercados a los productos: la división del trabajo, y el empleo de máquinas más y más perfeccionadas, el crecimiento de los capitales, o la facilidad de reunirlos por medio de sociedades anónimas, son otras tantas causas que han contribuido a que la industria en grande se practique especialmente en los países más adelantados.

No hay en esta materia acuerdo completo entre los economistas: para unos la grande industria será la verdadera libertadora del género humano, y para otros, será la causa de grandes males sociales. Parece que en este como en casi todos los problemas económicos que se relacionan con el orden social, se buscan los extremos para alabar o maldecir lo que en su justo medio no podría dejar de ser útil en todo sentido.

Es claro que la grande industria ofrece ventajas extraordinarias, tales como la economía en los gastos de instalación, porque para una fábrica, por ejemplo, que tenga 10,000 telares, no se necesita diez veces más terreno y diez veces más edificio, que para una en que funcionen solo 1,000 telares, ni la primera exige diez veces más gasto en directores y mecánicos que la última. No es posible apreciar de modo absoluto el valor de las economías en las fábricas en grande comparadas con las fábricas en pequeño; está demostrado que ellos suelen alcanzar hasta un 50%: en todo caso las grandes instalaciones tienen ventajas indiscutibles.

Sería verdadera ceguera no reconocer, sin embargo, que las grandes instalaciones presentan inconvenientes, porque todo